

FORMAR AL PROFESORADO EN DECRECIMIENTO COMO INTERVENCIÓN SOCIOEDUCATIVA EMANCIPADORA

Enrique Javier Díez Gutiérrez
e-mail: enrique@unileon.es
Universidad de León

Resumen: No es posible el crecimiento continuo en un planeta limitado. No sólo estamos destrozando el planeta a un ritmo acelerado, sino que estamos condenando a las futuras generaciones a heredar un planeta arrasado y esquilado de sus recursos naturales. La única alternativa es el decrecimiento, aprender a vivir mejor con menos. Esto no sólo significa un cambio de paradigma sino un trabajo de liberación de las mentalidades y de descolonización del imaginario dominante. Se trata de educar en un estilo de vida de sobriedad voluntaria que sea universalizable a todo el planeta y de generar políticas educativas también acordes con este modelo, que rompan la razón productivista que impregna todas las reformas educativas emprendidas a nivel mundial. Formar al futuro profesorado y al profesorado en ejercicio para descolonizar el imaginario capitalista dominante es una forma de intervención socioeducativa emancipadora más urgente y necesaria que nunca.

1. El crecimiento nos lleva al abismo

La economía del “crecimiento” del sistema capitalista lejos de producir bienestar y satisfacción de las necesidades para toda la humanidad, lo que ha conseguido es asentar la denominada sociedad el 20/80: que unos pocos, cada vez menos, sean muchísimo más ricos, mientras que la mayoría de las personas del mundo se precipitan en el abismo de la pobreza, la explotación y la miseria. Al mismo tiempo, el planeta es esquilado, saqueado en sus recursos limitados y empujado hacia una catástrofe ecológica que pone en serio peligro la vida sobre la Tierra y la supervivencia de las generaciones venideras (George, 2010).

Todo el mundo lo sabe. Todos y todas somos conscientes, de una forma o de otra, que la humanidad corre hacia el precipicio con nuestro actual modo de vida. Pero nos negamos a asumirlo porque este capitalismo ha colonizado nuestro imaginario mental y utópico. De hecho, los planes de recuperación de las crisis

se asientan en el imperativo del aumento del crecimiento, de la productividad y competitividad, del poder de compra y, en consecuencia, del consumo.

Sabemos que únicamente la ruptura con el sistema capitalista, con su consumismo y su productivismo, puede evitar la catástrofe. Mientras perviva el modo de producción capitalista existirá un conflicto manifiesto entre la destrucción de la naturaleza para obtener beneficios y la conservación de la misma para poder sobrevivir. Sabemos, pues, cuál es la solución. Lo sabemos, pero procuramos mirar hacia otra parte, porque nos veríamos obligados a cuestionar las bases del sistema capitalista y nuestra propia forma de vida social y personal.

2. La alternativa es el decrecimiento

Parece razonable entonces admitir que la salida esté en la dirección contraria al crecimiento, es decir, en el decrecimiento. El decrecimiento es una forma de entender la organización social, económica y política que se enfrenta radicalmente con el sistema capitalista en que nos movemos, planteando que este sistema no es ni el único, ni el mejor.

“Las cosas no son así. Están así y podemos cambiarlas” (Paulo Freire). Hay otra manera de hacer las cosas, otra manera de vivir: supeditar el mercado a la sociedad, sustituir la competencia por la cooperación, acomodar la economía a la economía de la naturaleza y del sustento de las necesidades básicas. El decrecimiento nos lleva a vivir mejor con menos: menos comida basura, menos estrés, menos pleitesía al consumo.

No se trata de vivir todos en la miseria, ni renunciar a las conquistas de la ciencia y la técnica y volver a vivir alumbrándonos con velas y yendo en burro. Son caricaturas que nada tienen que ver con lo que significa el decrecimiento. El decrecimiento es la opción deliberada por un nuevo estilo de vida, individual y colectivo, que ponga en el centro los valores humanistas: las relaciones cercanas, la cooperación, la participación democrática, la solidaridad, la educación crítica, el cultivo de las artes, etc.

3. Descolonizar el imaginario dominante

La construcción de una sociedad del decrecimiento requiere no sólo luchas y acciones; exige simultáneamente un planteamiento estratégico fundamental a más largo plazo: hay que acometer todo un trabajo de liberación de las mentalidades y de descolonización del imaginario dominante.

El pensamiento dominante ha colonizado nuestro sentido común estableciendo una relación directa entre crecimiento económico (más producción,

más consumo) y desarrollo, prosperidad; entendiendo que “más” (un coche más nuevo, más grande, con más cilindrada) es igual a “mejor”. La competitividad se ha convertido así en un mantra que se repite sistemáticamente como un dogma de fe para salir de la crisis actual.

Ya en *La ideología alemana*, Marx afirmaba que la clase dominante da a sus ideas una forma de universalidad, y las presenta como las únicas racionales y universalmente válidas (Marx y Engels, 1970, 77). Gramsci (1981), igualmente, argüía que las clases dominantes ejercen su poder no sólo por medio de la coacción, sino porque logran imponer su visión del mundo, una filosofía, unas costumbres, un “sentido común” a las clases dominadas. Efectivamente, esta ideología del crecimiento ha penetrado y moldeado el imaginario social, la vida cotidiana, los valores que orientan nuestros comportamientos. Es lo que Jürgen Habermas (1989) ha denominado la colonización del mundo de la vida. La ideología del crecimiento capitalista se configura así como un dispositivo que estructura nuestro pensamiento, nuestra subjetividad, nuestra forma de ver la cosas; trazando un horizonte sobre lo que es y no es posible, sobre lo que podemos y no podemos hacer, pensar o imaginar.

Se conforma así un “círculo virtuoso” en el que se logra convencer a las propias víctimas de las múltiples bondades de este modelo, presentándolo como el único de los mundos posibles ante el que no caben oposiciones retrógradas ni críticas trasnochadas. Se convierte así en un paradigma definitivo y absoluto que prácticamente ha dejado de necesitar justificación. Se ha convertido en el sentido común de un naciente consenso mundial.

Mediante el proceso de socialización que vivimos tanto a través de los medios informales, principalmente los medios de comunicación, como de los medios formales, como es la educación, es cómo va siendo colonizada nuestra razón, nuestro pensamiento y nuestra imaginación. Por ello se hace imprescindible y crucial repensar este proceso de socialización. Repensarlo para reelaborar el currículum, desarrollando unos contenidos que desvelen los auténticos mecanismos económicos, sociales, políticos e ideológicos del poder que construyen esta mentalidad.

Pero se trata también de evitar en el currículum la exaltación del crecimiento y la ausencia de la consideración de los límites físicos del planeta e introducir simultáneamente contenidos críticos con nuestra forma de producción y consumo, y experiencias alternativas que muestren que es posible vivir bien con menos. Igualmente se trata de facilitar estrategias y herramientas para que sean capaces de analizar críticamente el entorno que les rodea y el modelo de consumo y crecimiento constante que les ofrece la publicidad, los medios, el cine, la música comercial, la moda, etc.

Se trata de transversalizar en todos los planteamientos educativos la filosofía de la simplicidad, de una vida sobria, para aprender a reducir y limitar deseos, pero también necesidades (desde la posibilidad de vivir sin televisión hasta el habituarse a trasladarse en bicicleta). Porque la sobriedad voluntaria supone adoptar un estilo de vida que sea universalizable a todo el planeta. Y simultáneamente ser ejemplo de ello en la propia dinámica de funcionamiento de los centros educativos reduciendo sustancialmente el consumo: romper el modelo de obsolescencia programada, reparando, reciclando y reutilizando los materiales y las tecnologías del centro; cuestionando el consumo innecesario y la propaganda, etc. Educar, en definitiva, en que “se puede vivir mejor con menos”.

Se trata igualmente de potenciar una “slow education”, donde se tienen en cuenta los ritmos de maduración, donde se prima el desarrollo del proceso de aprendizaje y se centra el esfuerzo en facilitar las estrategias para la reflexión crítica, el análisis en profundidad, el trabajo cooperativo, frente al modelo tradicional de evaluar por resultados, memorizar para continuos exámenes, avanzar en el temario acumulando contenidos, dando por aprendido sin más lo que se expone en clase. Reducir la intensificación del trabajo de los centros, de los “deberes para casa”, de las actividades extraescolares para trabajar más reposadamente, más profundamente, destinando tiempo a la reflexión, a la contemplación, al disfrute, a la relación; y reconquistando el tiempo personal, para poder dedicarlo a otras actividades que nos ayudan a realizarnos: la participación en el barrio, la vida asociativa, el desarrollo cultural, el compromiso con los movimientos sociales, etc.

Se trata además de repensar la organización de nuestros centros desde modelos de relación basados en la democracia directa y participativa: la gestión de presupuestos participativos con la implicación de toda la comunidad educativa de forma asamblearia, ejerciendo el derecho a decidir la distribución de los recursos educativos; la negociación y consenso de las normas de convivencia y relación en el centro a través de asambleas y debates que generen una forma de participación dialógica democrática fuerte, construyendo auténticas “escuelas de democracia”; el diseño de comunidades de aprendizaje mediante la participación activa en una comunidad que aprende conjunta y colectivamente, con una visión de justicia y derechos humanos, implicándose en el cambio social y colectivo (Díez y Flecha, 2010). Esta dinámica supone convertir la escuela en un movimiento social, dinamizador y difusor de otros modelos y valores en su entorno social cercano, que plantea los problemas de la desigualdad y el modelo de sociedad en que vivimos. Supone implicar política y socialmente al profesorado en la construcción de un mundo más justo y mejor. Recordar el lema del 15-M que exponía: “el maestro luchando también está educando”.

Lógicamente, para generar este modelo de educación en el decrecimiento hemos de construir una educación y una formación del profesorado coherente, que practique lo que predica. Una educación, una formación del profesorado y una política educativa anticapitalista, pues, una sociedad del decrecimiento no puede concebirse sin salir del capitalismo y del imaginario capitalista.

4. Diseñar políticas educativas acordes con el decrecimiento

Hemos de “educar para decrecer”, sí. Pero hemos de dar un paso más allá. Hemos de generar políticas educativas también acordes con el modelo de decrecimiento.

En términos de agenda educativa global el papel de la educación como un derecho público, dirigido a formar una ciudadanía participativa, solidaria y abierta, está perdiendo peso bajo la presión creciente de los criterios de la economía de mercado –competitividad, rendimiento, beneficios– que van modelando el prototipo de una ciudadanía más individualista y consumista. De tal forma que se está desarrollando un currículum en función del mercado de trabajo con el fin de incrementar la competitividad internacional, la ganancia. Las inversiones en la educación y los currículos son pensados de acuerdo con las exigencias del crecimiento económico y como aportación a la competitividad empresarial de las industrias nacionales (Laval, 2004).

De esta forma la educación se está convirtiendo en un producto de consumo (Díez Gutiérrez, 2010). En un bienpreciado que confiere ventaja competitiva individual en la dura lucha por el ascenso social. Se quiere así convertir la educación, ya no en un derecho, sino en una oportunidad, un asunto privado de consumidores “emprendedores” que eligen según sus recursos. Además, de esta forma, se transfiere la responsabilidad del éxito o el fracaso escolar los propios “clientes”, dado que son quienes eligen (Apple, 2002).

Necesitamos, por tanto, una educación que rompa la razón productivista que impregna las reformas educativas emprendidas a nivel mundial, auspiciadas por los organismos internacionales financieros. Se trata de imponer un repliegue de los intereses privados y de la ideología de la gestión empresarial que actualmente colonizan la educación, desarrollando una escuela pública, con titularidad, gestión y financiación públicas, que garantice una educación en condiciones de igualdad para toda la ciudadanía, especialmente de los que menos posibilidades tienen de obtenerla de otra forma, garantizando el derecho que cada uno y cada una tiene a lograr el nivel máximo de formación y educando en un proyecto común de ciudadanía.

Se trata, en definitiva, de transformar el propio sistema educativo en función de propuestas coherentes con el decrecimiento que cuestiona radicalmente el capitalismo académico de la productividad escolar, dando lugar a otras formas posibles de concebir el mundo y creando las posibilidades para la transformación social desde una educación crítica para el decrecimiento, como parte de una lucha más amplia por los derechos sociales y la justicia.

Referencias bibliográficas

- Apple, M. (2002). *Educar "como Dios manda"*. Barcelona: Paidós.
- Díez Gutiérrez, E.J. (2010). Decrecimiento y educación. En Taibo, Carlos. (Dir.). *Decrecimientos. Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana* (109-135). Madrid: Catarata.
- Díez, J. & Flecha, J. R. (2010). Comunidades de aprendizaje: un proyecto de transformación social y educativa. *Revista interuniversitaria de formación del profesorado*, (67), 19-30.
- George, S. (2010). *Sus crisis, nuestras soluciones*. Barcelona: Icaria - Intermón Oxfam.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel* (vol. 2). México: Era.
- Habermas, J. (1989). *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires: Taurus.
- Laval, C. (2004). *La escuela no es una empresa. El ataque neoliberal a la enseñanza pública*. Barcelona: Paidós.
- Marx, C. & Engels, F. (1970). *La ideología alemana*. México: Grijalbo.